

Hasta que el vapor de la orgia
Disipado con la fuerza
De su deshonra, arrojóse
Sobre don Juan con fiereza,
Mas sentóle éste los puños
En el pecho, y con la mesa,
La lámpara y la bajilla
Vino don Gonzalo á tierra.
La bailarina se puso
Por medio de ellos, resuelta,
Diciendo á tiempo: "Señores
Que están en mi casa vean!"
—Don Juan, á la calle vamos.
—Vamos, don Gonzalo, fuera,
Que es cosa que ya no tiene
Mejor compostura que esa.
Alborotóse la casa,
Hubo lágrimas y quejas,
Y el aposento asaltaron
Los pages y las doncellas.
Mas don Juan les tuvo á raya,
Añadiendo con firmeza:
¡Atrás, canalla! y silencio:
Y tú, amiga, ten paciencia,
Que como escape con vida,
Volveré cuanto antes pueda.
—Si sois valiente, don Juan,
Cuando gustéis dad la vuelta
—Advierte que no te pido
Ni consejos, ni licencia,
Que yo te sigo la pista
Por voluntad ó por fuerza.
—Pues volved sin compañía
Y encerrad á la manceba.
—Ten esa lengua de víbora
Y no te pases en cuenta,
Que de rendirse á venderse
Hay una distancia inmensa.

Y así diciendo don Juan,
Tiró un bolsillo en la mesa,
Y dejó el puesto encajándose
El sombrero hasta las cejas.

VIII.

Ya era alta noche, en el nublado oriente
Próximo estaba á despuntar el día;
El viento resonaba tristemente
Y áspera lluvia gotear se oía.
Y la noche pasaba
Y Margarita en soledad lloraba
La ausencia de don Juan, que no venia.
Entreabierta tenia su ventana
La enamorada niña,
Con la esperanza vana
De sentirle mejor cuando volviera,
Y oyendo sus pisadas desde lejos,
Y alcanzándole á ver con los reflejos
De un vecino farol presto le abriera;
Y al conservado fuego se enjugara,
Y los húmedos miembros arrecidos
Al calor agradable restaurara.

Mas en vano á la reja
Al percibir pisadas acudia,
En vano por la lóbrega calleja
Los tristes ojos con afán tendia;
Muchos alguna vez por ella entraban,
Y unos riendo y otros disputando,
Huyendo unos tal vez y otros cantando
Pasar bajo su reja los veía,
Mas de ella á largos pasos se alejaban
Y con ellos don Juan nunca venia.
Hundida la infeliz en su abandono
Suspiraba de amor por quien la olvida,
Por quien su amor pospone y su ternura
A una caricia sin pudor vendida
De la insolente bailarina impura.
—Ay pobre Margarita! tú sentada
Bajo la reja espesa
Aguardas á don Juan desesperada
De dolorosos pensamientos presa;
Tu amor por él de suspirar no cesa,
¡Y ojalá no volviera, desdichada!
Pero ya acelerados
Pasos de alguno al fin se percibieron,
Cuanto próximos mas precipitados
Y mas cercanos cada vez se oyeron,
Y por la calle oscura
Vió Margarita un hombre que se entraba,
Cuya negra figura
Ante su misma puerta se paraba.
"El es, dijo bajando, y no mentia
Que era en verdad don Juan el que venia."
El era, sí, por el cruzado embozo
Asomando el semblante macilento,
Con ceño torvo y fatigado aliento,
Cubierta de sudor la osada frente,
Y empuñando el acero refulgente
Hasta el torcido gavilán sangriento.
¡Dios mío! dijo al verle Margarita,
Mas con planta ligera
Dentro él sin contestar se precipita,
Y la mirada de la niña evita
Salpicando de sangre la escalera.
Subió tras él la pobre acongojada
Y la puerta tras ella asegurando,
"Traéis sangre, don Juan, dijo aterrada,"
Mas don Juan si la oyó siguió callando,
Su roja espada ante la luz limpiando.
Mudó despues de gola y de vestido,
Se lavó, se enjugó y echando al fuego
El de sangre teñido,
Sentóse ante la llama con sosiego
Diciendo con acento decidido:
Margarita, á la aurora
Es preciso partir.
—¿Dónde?
—Lo ignoro.
Abandonar la corte por ahora
Es lo esencial no mas, en esta casa
No es posible vivir.
—¿Pero qué pasa?
—¡Oh! no es para subir á los tejados,
No es lo que viene ni un león ni un toro,
Poca cosa, señora,

Teniendo libertad, audacia y oro.
—Hablad don Juan, mi amor es infinito.
Nada es mi vida si salvar la vuestra
Logro con ella. Y lo que ví me muestra
Que vos necesitais . . .

—¿Yo? ¡qué locura!

Gozadla vos, que no la necesito.
Y serenad por Dios esa pavura
Que en el rostro mostrais, porque, á fé mia
Que el asunto no es cosa estando á punto
Tan cerca el oro y tan vecino el día.
Oídme en dos palabras, Margarita,
Y os contaré el suceso.
Ya á don Gonzalo conociais.

—Eso

Bien lo sabeis.

—Tenia una maldita

Cabeza el tal y la perdió esta noche,
Mas bebió con exceso

Y no es extraño que perdiera el seso.

—¿Pero en fin, qué es el caso?

Que me teneis violenta.

—Me habló de vos y aunque detras de un vaso

Me lo dijo, no fué tan de mi gusto

Que al contestarle yo por un fracaso

Le entré el estoque por mitad del busto,

Y el alma se le fué tan de carrera

Que el cuerpo no exhaló ni un ¡ay! siquiera.

—¿Le matásteis? don Juan, ¡sois un malvado!

—Tal vez tengais razon, mas bien mirado

Como si no le mato al fin me mata,

En matarle salí muy bien librado,

Que el caso era durillo hablando en plata.

En fin, bien está así, y pues ya esclarece

Si no quereis hablar con la justicia

De lo que á don Gonzalo pertenece,

Venid conmigo y adelante vamos.

—Pues que remedio no hay, don Juan, partamos.

—Pues échaos ese oro en el bolsillo

Y vamos á buscar un par de potros,

Que como en campo libre nos veamos

Maldito si da el diablo con nosotros.

Y hablando así con gravedad resuelta

Cerró el cuarto don Juan, tiró la llave,

Y en dos caballos cuyo brio sabe

Tomó á Castilla con la monja vuelta.

Al cabo de dos dias de camino

Al despertar la niña una mañana

De una posada en una alcoba, vino

Al ruido de su voz una villana,

Y á tal punto entre dama y posadera

Diálogo se entabló de esta manera:

POSADERA.

Dios guarde á su merced. ¡Hermoso día!

MARGARITA.

¡El os proteja, madre! ¡Teneis hora?

POSADERA.

No parece que sois madrugadora.

MARGARITA.

Pues ¿qué hora es?

POSADERA.

Es casi medio día.

MARGARITA.

¡Medio día!

POSADERA.

¿Quereis el desayuno?

MARGARITA.

Sí: mas hacedme la bondad primero

De decirle la hora al compañero,

Que tiene el sueño á fé bien importuno.

POSADERA.

Pero ¿de quién hablais?

MARGARITA.

Del caballero

Que ocupa ese cuarto.

POSADERA.

No hay ninguno.

MARGARITA.

¿Cómo no?

POSADERA.

El pasajero que ahí habia. . .

MARGARITA.

Que vino ayer.

POSADERA.

Con vos?

MARGARITA.

Precisamente.

POSADERA.

Montó á caballo al despuntar el día.

MARGARITA.

No puede ser.

POSADERA.

Miradlo.

MARGARITA.

¡Dios clemente,

Partió sin mí!

POSADERA.

Yo me creí, señora,

Que erais de su partida sabedora.

MARGARITA.

Yo? justo Dios!

Y aquí de Margarita

Se ahogó la voz, y sin poder ni aliento

Desplomóse en mitad del aposento.

Gritó la posadera, entró la gente,

Se murmuró la historia comentada

Por el curioso vulgo maldiciente,

Y cuando en sí volvió la desdichada

Solo encontró á su lado

Un hidalgo, que acaso acompañado

De su mujer viajaba,

Quien viendo su hermosura condolida

Guardarla quiso la honra con la vida.

"Pobre joven, la dijo aquella dama,
Cobrad valor, no os deis por tan perdida.
¿A dónde quereis ir?"

MARGARITA.

¿Dónde, señora?
Saberlo me pluguiera,
Yo iria solamente donde él fuera.
¿Sabeis de él?"

LA DAMA.

¿Quién es él?"

MARGARITA.

Ese viajero
Que salió con el alba.

LA DAMA.

Un caballero
Mozo y galan.

EL CABALLERO.

¿Sobre un caballo overo?"

MARGARITA.

El mismo, justamente.

LA DAMA.

¿Es de vuestra familia?"

MARGARITA.

¿De mi familia? No precisamente,
Pero si yo supiera su destino....

LA DAMA.

Dijo que de su casa iba camino.
¿Sabeis su casa vos?"

MARGARITA.

Si es en Palencia,

LA DAMA.

Hasta Dueñas venid si os acomoda
En nuestra compañía y diligencia;
Para que os lleven á Palencia haremos
De la mejor manera que encontremos.

MARGARITA.

¿Ay señora, quien quiera
Que seais....

EL CABALLERO.

Levantad, por vida mia!
Cualquier noble español lo mismo haria.
Ea, venid, que enganchem y partamos.

LA DAMA.

Enjugad esas lágrimas y vamos.
Y tomando la mano el caballero
De la infeliz y triste Margarita,
Dejaron al momento la posada
Emprendiendo hácia Dueñas la jornada.

IX.

LA AVENTURA TRADICIONAL,

¿Do irá la tórtola amante
Sino tras su amor perdido?
¿Dónde irá mas que á su nido

Y al bosque en que le dejó?
¿Dónde irá su pensamiento
Ni la llevará el destino,
Si no sabe otro camino
Que el solo en que se estravió?"

¿Ay! ¿dónde irá Margarita
En su ciega inesperienza,
Dónde irá sino á Palencia
Do tal vez está don Juan?
¿Porque quien logrará nunca
Con descaminado intento,
Que el humo no busque al viento,
Ni el hierro busque al iman?"

Era en el fin de una tarde
De Junio, seca y nublada;
De un convento en la portada
Sobre el gastado escalon,
Una mujer se veia
Como esperando el momento
En que abrieran del convento
El entornado porton.

Y á través de un velo espeso
Con que el semblante cubria,
Los ojos fijos tenia
Con constancia pertinaz.
En el balcon de una casa
Situada frente por frente,
Donde no asoma un viviente
Por mas que mira, la faz.

Y la mujer, sin embargo,
Aquel balcon contemplaba
Como quien algo esperaba
Que apareciera por él.
Y á abrirle no venia,
Y el balcon siempre cerrado
Y solitario seguia,
Dueña, galan, ni doncel.

¿Qué hacia, pues, á tal hora
Tal mujer y tiempo tanto,
Mirando con tal encanto
Aquel cerrado balcon?
¿Será cita?—Es imposible.
No hay mas que un hombre en la casa
Que de años setenta pasa,
Que es un don Gil de Alarcon.

¿Serán celos?—¿Qué locura!
¿Quién, ni de quien los tuviera
Si por una y otra acera
La calle ocupan no mas
La casa del viejo hidalgo
Y de Jesus el convento?
¿Será espera?—A tal intento
Propio es el sitio quizás.

Mas nadie llega y la noche
Se oscurece y encapota,
Y la lluvia gota á gota
Pronostica el temporal,

Y se oye al lejos el viento
Que en ráfagas cruza errante,
Y va del turbion delante
Con el mensaje fatal.

Y la mujer sin moverse
Ni hacer de la lluvia caso,
Del escalon no da un paso
Siempre mirando al balcon.
¿Quién es? ¿qué busca? ¿qué espera?
Fatídica así ¿qué augura
Su misteriosa figura?
¿Es ente real ó es vision?"

¿Ay! pobre amante olvidada!
¿Ay! ¡infeliz Margarita!
¿Quién comprenderá tu cuita!
Ni compasion te tendrá!
Tú esperas, los tristes ojos
En ese balcon fijando,
Y en vano estás aguardando
Lo que al balcon no saldrá.

Tú ignoras que la hermosa
Es prenda que con envidia
El cielo dió, y con perfidia
Por castigo á la mujer,
Y que quien cifra sobre ella
El bien del amor ageno,
No acierta mas que veneno
En su delicia á verter.

Mas tú, infeliz, no lo sabes,
Y en él esperas por eso,
Cuando él por un solo beso
De cualquier nueva beldad,
Te viera espirar de angustia
Sin que le hubiera ocurrido
Darte un adios ni aun fingido
Al pié de la eternidad.

Mas en tanto el viento arrecia,
Revienta el cóncavo trueno,
Y se desgaja de lleno
El espantoso turbion;
La calle se inunda en agua,
La noche cierra, y los hombres
Invocan los santos nombres
Con miedo en el corazon.

Margarita amedrentada
Buscando asilo seguro,
Acogiése al templo oscuro
Y se amparó del altar:
Y al postrarse ante él humilde
Allá dentro de su mente,
Mil recuerdos de repente
Empezaron á brotar.

Ella hizo aquel ramillete,
Ella bordó aquella toca,
En aquella cruz su boca
Puso mil besos y mil;

Aquella alfombra en su tiempo
Delante del coro estaba....
Toda su vida pasaba
Por ella en sueño febril.

Toda en ilusion fantástica
Su antigua y pura existencia
Venia con su inocencia
Su corazon á asaltar,
Y dentro del pecho cándido
Ir saliendo le sentia,
De la penosa agonía
De su roedor pesar.

Y segun bellos recuerdos
Poco á poco iba encontrando,
Poco á poco iba olvidando
La belleza de don Juan;
Hasta que en santa tristeza
Su alma inocente embebida,
Suspiró por otra vida
Sin bullicio y sin afan.

La soledad de su celda,
El rumor santo y sonoro
De sus rezos en el coro,
Y la paz de su jardin,
El consuelo de una vida
Con Dios á solas pasada
De amor y mundo apartada,
Que son delirios al fin.

Todo en tropel presentóse
A sus ojos tan risueño,
Tan sabroso y halagüeño,
Tan casto y tan seductor,
Que en llanto de fé bañada
Dijo: "¿Ay de mí! ¿quién pudiera
Volverme á la vida austera,
Y á otro provenir mejor?"

En esto allá por el fondo
De una solitaria nave,
Con paso tranquilo y grave
Vió Margarita venir
Una santa religiosa
Cuyo rostro no veia,
Por una luz que traia
Para ver por donde ir.

Temiendo que al acercarse
Tal vez la reconociera,
En su manto de manera
Margarita se envolvió,
Que aunque de la monja incógnita
Los pasos cerca sentia,
Ella apenas la veia
Hasta que ante ella llegó.

Pasó á su lado en silencio,
Y Margarita al mirarla
Estrañó no recordarla
Ni su faz reconocer.

"Será novicia (se dijo)
"Habrá al convento llegado
"Desde que yo le he dejado;
"No puede otra cosa ser."

La monja en tanto seguía
Los altares arreglando,
Y la seguía mirando
Margarita por detrás;
Y hallaba en todo su cuerpo
Un *no se qué* de estrañeza,
Que aumentaba su belleza
Cuanto la miraba mas.

Habia cierto aire diáfano,
Cierta luz en su contornos,
Que quedaba en los adornos
Que tocaba por do quier;
De modo que en breve tiempo
Que anduvo por los altares,
Viéronse en ellos millares
De luces resplandecer.

Pero con fulgor tan puro,
Tan fosférico y tan ténue,
Que el templo seguía oscuro
Y en silencio y soledad.
Solo de la monja en torno
Se notaba vaporosa,
Teñida de azul y rosa
Una estraña claridad.

Llegaba hasta Margarita
A pesar de la distancia,
De las flores la fragancia
Que ponía en el altar,
Y ó un inefable sueño
La embargaba los sentidos,
O escuchaban sus oídos
Música al lejos sonar.

Y aquel concierto invisible,
Y aquel olor de las flores,
Y aquellos mil resplandores
La embriagaban de placer;
Mas todo pasaba en ella
Tranquila y naturalmente,
Cambiándola interiormente,
Regenerando su sér.

Olvidó la hermosa niña
Sus pasadas amarguras,
Sintió en sí castas y puras
Mil intenciones bullir,
Mil imágenes de dicha,
De soledad y de calma,
Que pintaron en su alma
Venturoso un porvenir.

Su vida era en aquel punto
Un éxtasis delicioso.
Era un sueño luminoso,
Un deliquio celestial;

Un dulce anonadamiento
En que nada la oprimía,
Y en donde nada sentía
Profano ni terrenal.

Solo quedaba en el alma
De Margarita un intento,
Un impulso, un sentimiento
Hacia la monja, de amor;
Que á su pesar la arrastraba
A contemplarla y seguirla,
A distraerla y pedirla
Consuelos á su dolor.

Pues siente que es, Margarita,
Un talisman su presencia
Necesario á su existencia
Desde aquel instante ya;
Y su recuerdo divino
Es á su dolor secreto,
Un misterioso amuleto
Que fé y religion la dá.

Y en ella fijos con ansia
Los ojos y el pensamiento,
La gloria por un momento
En su delirio gozó,
Mientras aquella divina
Aparicion deliciosa
De la bella religiosa
Ante su vista duró.

Tomó al fin su luz la monja,
Y por la iglesia cruzando
Pasó á su lado rozando
Con sus ropas al pasar,
Y sin poder Margarita
Resistir su oculto encanto,
Asióla al pasar del manto
Mas sin fuerzas para hablar.

"¿Qué me queréis?"—Con acento
Dulcísimo preguntóla
La monja.—"¿Me dejais sola,
Dijo Margarita, así?"
—Si no teneis mas amparo,
Contestó la religiosa,
En noche tan borrascosa,
Venid al claustro tras mí.
—¡Oh! imposible!

—Si os importa
Hablar con alguna hermana,
Volved si gustais mañana.
—Yo hablara . . .

—Con quién? —Con vos.
—Decid pues.

—No sé qué empacho
La voz al hablar me quita . . .
¿Cómo os llamais?

—Margarita.
—El mismo nombre las dos!
¿Así os llamais?

—Sí, señora,
Y en otro tiempo yo era . . .
¿Qué oficio teneis?
—Tornera.
—¿Tornera! ¿cuánto tiempo há?
—Cerca de un año.
—¿De un año!
—Diez llevo en este convento
Y en este mismo momento
Cumpliendo el décimo está.

Quedó Margarita atónita
Su misma historia escuchando,
Y el tiempo á solas contando
Que oyó á la monja marcar.
Su mismo nombre tenia,
Y su misma edad, y era
Como ella un año tornera,
Y diez monja . . . ¿qué pensar?
Alzó los ojos por último
Margarita á su semblante,
Y de sí misma delante
Asombrada se encontró;
Que aquella ante quien estaba
Su mismo rostro llevaba,
Y era ella misma . . . ó su imágen
Que en el convento quedó.

Cayó en tierra de hinojos Margarita
Sin voluntad, ni voz, ni movimiento,
Prensado el corazon y el pensamiento
Bajo el pié de la santa aparicion;
Y así quedó, la frente sobre el polvo,
Hasta que el eco de la voz sagrada
A el alma permitió purificada
Ocupar otra vez su corazon.

Entonces envolviéndola en su manto,
Su cabeza cubriendo con su toca,
El dulce acento de su dulce boca
Dijo á la absorta Margarita así:
"TE ACOGISTE AL HUIR BAJO MI AMPARO
Y NO TE ABANDONÉ: VE TODAVIA
ANTE MI ALTAR ARDIENDO TU BUJÍA:
YO OCUPÉ TU LUGAR, PIENSA TU EN MÍ."
Y á estas palabras retumbando el trueno,
Y rápido el relámpago brillando,
Del aire puro en el azul sereno
Se elevó la magnífica vision;
La Reina de los ángeles llevada
En sus brazos purísimos huía,
Y á Margarita huyendo sonreía
Que adoraba su santa aparicion.

Sumióse al fin del aire trasparente
En la infinita y diáfana distancia,
Dejando en pos suavísima fragancia
Y rastro de impalpable claridad.
Y al volver á su celda Margarita
Volviendo á sus afanes de tornera,
Tendió los ojos por la limpia esfera
Y no halló ni vision ni tempestad.

Corrió á su amado altar, se hincó á adorarle,
Y al vital resplandor de su bujía
Aun encontró la imágen de María,

Y sus flores aún sin marchitar.
Y á sus piés despidiéndose del mundo
Que en vano su alma devorar espera,
Vivió en paz MARGARITA LA TORNERA
Sin mas mundo que el torno y el altar.

FIN DE LA LEYENDA CUARTA.

APENDICE A MARGARITA LA TORNERA.

FIN DE LA HISTORIA DE DON JUAN Y SIRENA LA BAILARINA,

I.

A deshora de una noche
Y á la entrada de una calle,
Nublada y oscura aquella,
Esta solitaria y grande,
Aquella escasa de luces,
Y ésta escasa de habitantes,
Pues que solo entre un convento
Y un caseron viejo se abre,
Venía sobre un caballo
Un hombre, que á tientas sabe
Sin duda el sitio que pisa
Pues vá sin ver adelante.
Anduvo cincuenta pasos,
Y del caballo apeándose
Dió en la puerta dos seguidas
Aldabadas formidables.
Sonaron primero en ella,
Despues en las cavidades
De lo interior retumbaron
Y al fin las devoró el aire.
Pasaron tras de los golpes
De silencio unos instantes,
Hasta que de una ventana
Se alumbraron los cristales.
Apareció detras de ellos
Una sombra vacilante
Al reflejo de una luz,
Y tras esto desdoblándose
Las dos hojas de los vidrios,
Con acento lamentable
Dijo una vieja: ¿quién llama?
Y el que llamó dijo:—¡Abre!
—¿Qué queréis?

—Abre, demonio,
¿No me conoces? que baje
Damian por este caballo.
—El es! ¡Jesucristo, valme!
Dijo la mujer en lo alto:
Y la ventana cerrándose
Abrióse al punto la puerta,
Y á oscuras quedó la calle.

En una apartada alcoba
De su casa de Palencia,
Sin otro mal ni dolencia

Que el exceso de su edad,
Don Gil de Alarcon á solas
Con su confesor espera,
Su cercana hora postrera
Con calma y serenidad.

Hombre sin vicios que roen
La vida y la menoscaban,
Los dias solo le acaban
Que ya han pasado por él.
Que es el tiempo una carcoma
Que todo á traicion lo mina,
Y con mano igual arruina
La cabaña y el dosel.

Y aunque en paz con su conciencia
Muere don Gil, buen cristiano,
Aun hay un recuerdo humano
Que le angustia el corazon:
Hay una idea rebelde
Con fuerza á su mente asida,
Que lucha, no con su vida,
Mas sí con su religion.

Un hijo ¡ay Dios! que tenia,
Por quien se afanó viviendo,
Y por quien llora muriendo
Y que lejos dél está.
Y al Dios en quien cree suplica
Que por piedad le conceda,
Un punto en que verle pueda
Por la vez postrera ya.

El pobre padre impelido
Por su amor y sus virtudes,
Las negras ingratitudes
Olvida de su don Juan,
Y darle el último abrazo,
Darle el último consejo,
Es no mas del pobre viejo
El acongojado afan.

“Padre, al confesor decia,
Padre, me acusa una idea.
—¿Cuál es?

—Que mi hijo me crea
Con él airado morir.

Nunca otro fin me propuse
Que su bien y su fortuna.
¡Mas no hay esperanza alguna
En que poder consentir!

En busca de los deleites,
Mozo á los deleites dado,
El se partió de mi lado
Y acaso teme volver.

Acaso teme el enojo
De su padre que le adora,
¡Ay Dios! en la última hora,
¿Qué puede de mí temer?

Solo quisiera, os lo juro,
En este trance tremendo,
Poder echarle, muriendo,
Mi paternal bendicion.

No hay locura que no olvide,
Dolor que no le perdona,
Ni recuerdo de él que enconce
La ira en mi corazon.”

Así decia el buen viejo
De su don Juan acordándose,
Cuando don Juan arrojándose
En sus brazos, exclamó:
“Ya estoy aquí, padre mio,
Ya estoy ante vos de hinojos:
Tornadme, padre, los ojos,
O muero de angustia yo.”

Y ambos á dos tiernamente
Padre é hijo se abrazaban,
Y ambos á dos sollozaban...
¡Cosa triste de mirar!

Lloraba el padre de gozo,
Lloraba el hijo de duelo,
El dolor con el consuelo
Los dos gustando á la par.

Perdon le pedia el hijo,
Y le estrechaba asintiendo
El viejo, que al fin cayendo
Sin fuerzas, le dijo así:
“Hijo, levanta y escucha
Mis postrimeros acentos,
Que tengo pocos momentos
Para disponer de mí.”

Sentóse á su lado el hijo
Y á solas los dos quedando,
Así el padre siguió hablando
A su fin prócsimo ya.
Juan, voy á darte mi última
Prueba de amor, y quisiera
Que esta voluntad me fuera
Bien cumplida.

—Lo será.

—Tuyo es cuanto yo poseo
Sin mas condicion que una,
Y Dios, Juan, te dé fortuna
Para gozarlo sin mí.

¿Me juras obedecerme?
Responde, Juan, porque siento
Que se me arranca el aliento:
¿Lo cumplirás?

—Padre, sí,

¿Por cielo y tierra os lo juro!
—Pues bien, junto á Torquemada
En tu herencia vinculada,
Una casita hallarás

Cercada de un huertecillo;
Allí, Juan, mi cuerpo entierra,
Y esta casa y esta tierra,
Juan, no la vendas jamas.

Si algun dia (y nunca llegue)
Tus dispendiosas locuras,
O imprevistas desventuras
Te roban cuanto te doy:

Ven á mi tumba escondida,
Que en mi sepulcro al postrarte,
Mi sombra saldrá á ayudarte...
Y ¡adios, Juan, que á morir voy!

—¡Padre!

—¡Adios, Juan, hijo mio!
Siento que estoy espirando,
Adios... y haz lo que te mando,
Porque Dios te ayudará.”

Y esto dicho, inclinó el padre
Hacia su hijo la cabeza,
Y él la besó con ternura...
Pero no existia ya.

Tornóse desde este punto
Aquel oculto aposento,
Solitario monumento
De un justo que en paz murió.
Huyóse el alma á los cielos,
Y el vivo que allí quedaba,
Al Dios se la encomendaba
Que ante su sér la llamó.

Y ya prócsimo al ocaso
El sol del dia siguiente,
Turba enlutada de gente
Se vió á Palencia volver;
Y tras de todos un hombre
Que en pié en mitad del camino,
Quedó el lugar por do vino
Estudiando al parecer.

Cerró la noche, y la sombra
Su denso manto tendiendo,
Y á su mirada impidiendo
La distancia penetrar,
Apartar le hizo la vista
De lo que estaba mirando,
Y las espaldas tornando
Viósele en Palencia entrar.

Mas todos, desde aquel dia,
Al campo este hombre salia,
Y del campo se volvía
Poco antes de oscurecer,
Y ante las puertas llegando,
Los ojos atras tornando,
Quedábase atras mirando
Mientras alcanzaba á ver.

II.

Todo en la tierra pasa,
Todo muere, se estingue ó se deshace;
El duelo y el placer tienen en tasa
Del hombre breve en la existencia escasa,
Flor que se agosta con el sol que nace.

Queda el dolor un dia
Dentro del corazon mas amoroso
En lenta y profundísima agonía;
Pero calma el dolor mas riguroso
Y el que mas implacable parecia.

Que así va nuestra vida
Caminando entre gustos y dolores
Como fuente silvestre que escondida
Por el sombrío bosque va perdida,
Zarzas bañando y campesinas flores,

Así don Juan con la memoria triste
Del cariñoso padre acongojado,
Vivió con su memoria
En soledad un tiempo retirado,
En jornada diaria
Visitando su tumba solitaria.

Mas sintiendo ceder su amargo duelo
Y el alma serenarse cada dia,
Volvió á la sociedad, y halló consuelo
En lo que un tiempo su placer tenia.
Y el consuelo por puntos aumentando
Se iba por puntos en placer tornando.
De su dolor testigos,
Con respetuosas chanzas y caricias
A cercarle volvieron sus amigos,
Y se iba á su presencia despertando
Su corazon, sediento de delicias.

Volvió á reir don Juan, volvió á sus ojos
La viva luz del gozo y la esperanza,
Volvió la soledad á darle enojos,
Y su opulencia le tornó á la holganza.
Sus administradores
Cuentas á darle con afan vinieron
De la herencia feraz de sus mayores,
Y á sus ojos pusieron
Sus pingües rentas, por don Gil dobladas,
Con mil cuidados y con mil sudores.

Tendió don Juan los ojos satisfechos
Por el risueño porvenir, y el mundo
Halló tal vez con límites estrechos
A su deseo libre y vagabundo.
¿De qué me sirve, dijo, esta opulencia,
Estos montones escondidos de oro,
Si en la oscura y pobrísima Palencia
No me sirve de nada mi tesoro?

¿He de gastar en mantas mis doblones,
O he de hacer de continuo á mis queridas
Regalos de peludos bayetones?
Quedarán, vive Dios, agradecidas!
Murió mi padre, duéleme á fé mia!
Pero no es menos cierto

Que yo tambien me moriré algun dia;
Y si la vida á divertir no acierto
Comprando mi placer con mi riqueza,
¿No se aprovechará de mi torpeza
Otro mas listo cuando me haya muerto?

¡Adelante, don Juan, viven los cielos!
Menos dicen que son con pan los duelos.
No pasemos la vida
En llorar como imbéciles mujeres;
La riqueza gocemos adquirida
Y hagamos amistad con los placeres.

Y aquí don Juan soltando de repente
Ruidosa careajada,
Que sin duda escitada
Fué por recuerdo que acudió á su mente,
Siguió diciendo: Y en verdad que ahora
Pillaré descuidada
A mi antigua Sirena encantadora.
Vaya, vaya don Juan, duelos aparte
Y vamos á Madrid, donde á esperarte
Saldrá sin duda alguna
Con los brazos abiertos la fortuna.
¡Madrid, sitio á propósito
Para amorosos y reñidos lances;
De petardos y cábalas depósito,
Y tela de aventuras y percances!
Vámonos á Madrid, es un capricho,
Mas mi padre perdona

Que á Palencia heredándole abandone,
Que Madrid es mi patria, y está dicho.
Damian, en este punto
Los caballos ensilla,
Y el claro sol al despuntar mañana
Que fuera nos encuentre de Castilla.
¿Qué distancia en don Juan menester era
Para obrar y pensar de una manera?
Todo era en él lo mismo, en un momento
Arregló sus negocios
Conforme al concebido pensamiento,
Y á las diez poco mas de una mañana
Salió sobre una yegua jerezana
Mas ligera que el viento,
Y tres dias despues desde la altura
Del cano Guadarrama,
De Madrid contemplaba la llanura,
Donde sus nieves pródigo derrama.

III.

AVENTURAS DE NOCHE Y DIA.

En aquel mismo aposento
De la casa de Sirena,
En que trabó don Gonzalo
Con don Juan una pendencia,
Tienen ahora trabada
Plática amorosa y tierna
La ambiciosa bailarina
Y don Lope de Aguilera.

Ya sabes, lector discreto,
De muy atrás quién es ella;
Voy pues á darte noticias
Del galan que hoy la corteja.

Es don Lope un mozo ilustre
A quien de la edad mas tierna
Sus padres en Salamanca
Dedicaron á las letras.

Aplicóse él de tal modo
O lo hizo de tal manera,
Que se plantó la golilla
De años veinte y dos apenas.

La curia escandalizóse
De tan imberbe colega,
Teniendo á menos el lado
Con justísima vergüenza.

Murmuraron los doctores,
Y alborotóse la audiencia;
Mas él les tapó la boca
Con su suerte y sus riquezas.

Presentóse el noble mozo
Con impávida insolencia
Al tribunal, despachando
Sus negocios con franqueza,

Y sus vuelillos de encaje,
Y sus hebillas con perlas,
Y sus pajes ataviados
Con magníficas libreas,

Apagaron los murmullos
E hicieron al fin domésticas
Las voluntades agrestes

De la turba descontenta.
Tornóse el ceño en sonrisa,
En cortesía la befa,
En rendimiento el desden
Y la repulsa en ofertas.

Y en fin, el poder que el mozo
Tener en la corte muestra,
Cambió en baja adulacion
La ojeriza golillesca;

Mas él despues de humillarlos
Dióles no mas por respuesta
De alcalde de casa y corte
La que recibió real cédula.

Pues rico en merecimientos
Con tamañas escelencias,
Obtuvo ó compró una toga
Y grande fama con ella.

Dióse con brio á las leyes,
Y aunque legislaba á tientas,
Dió brujas al santo oficio
Y vagos á las galeras.

Dióle ademas la manía
Para adquirir pronta y buena
Fama en la corte, de hacer
En las mozas una leva.

Echó, pues, infatigable
Tras damas de vida incierta
Que tienen por mayorazgos
Lo que de vivos heredan.

Para lo cual de alguaciles
Tenia en campaña puesta
Multiplicada falange
En tales ojos diestra.

Mas aunque asaz blasonaba
De rectitud justiciera,
Y andaba en continuo acecho
Con astuta diligencia;

Del vulgo siempre maligno
Murmuraban malas lenguas
Que dejaba las bonitas
Y desterraba las feas.

Mas esto alababan otros,
Esponiendo en su defensa
Que así atendia celoso
De la corte á la belleza;

Y andaba en esto muy justo,
Pues la hermosura completa
Cuanto hay necesario y útil
En esta vida terrena.

¡Pero lo que son las cosas
De mezquindad y de tierra!
La que mas firme parece
Por fragilidad se quiebra.

Este don Lope, que espanto
De las cortesanas era,
Su oro gastaba en secreto
Pródigamente con ellas.

Y á pesar de su faz torva,
De su voz ronca y severa,
Y de su amor á las leyes
Y timorata conciencia,

Se le bailaban los ojos
Al dar con una mozuela

Morenilla y vivaracha,
Desenfadada y resuelta.
Y como hiciese su encuentro
Por alguna callejuela
Escusada y solitaria,
Fingiendo tomar las señas
De cualquier casa, tendia
Por el embozo tras ella
Los encandilados ojos,
Y ¡qué cintura! ¡qué pierna!
¡Qué rizo tan bien tirado
Alrededor de la oreja! . . .
Qué de perfecciones lindas
En la vision pasajera!
Mas no eran todas las gracias
Del joven golilla éstas,
Habia otra que era en él
Costumbre y pasión violenta.
Un vicio que conservaba
Allá de su edad primera,
Debilidad ya de antiguo
A la noble gente aneja.
Que era el amor desmedido
A las damas de comedia,
Y en su falta á las graciosas,
Ademas de las boleras.
Porque siempre apetece
Lo que mas lejos se muestra,
Lo que menos encontramos
Que á nosotros se asemeja,
Lo de que entendemos menos
Costumbre ó naturaleza.
Por lo que vemos continuo
Conjunciones tan diversas,
Y voluntades tan locas
Por las cosas mas opuestas,
Como enanos por caballos,
Y robustos por recetas,
Y jorobadas por bailes,
Y los pobres por apuestas;
Y duques por bailarinas,
Y por payasos duquesas.
Que hay quien gusta de unas caras
Barnizadas como puertas,
Y á merced del albayalde
Hechas blancas de morenas,
Y de unos ojos que brillan
Bajo dos postizas cejas,
Y de unos ahuecadores
Convertidos en caderas,
Y de unos rizos espesos
Añadidos con destreza,
Y de un punto de que el sastre
Forma pechos, brazos, piernas,
Y cinturas á su gusto
Y al de la flaca ó la gruesa,
Y dá académicas formas
A gente de alambres hecha.
¡Qué diablos! cada cual halla
Donde quiere la belleza,
Y todo es farsa en el mundo
Como dice la comedia.
Y si á don Lope esto agrada

¿A quién su gusto interesa?
Al cabo con ellas anda
Trastornada la cabeza.
¡Qué pié tiene la Felisa!
¡Qué mirada la Lucrecia!
¡Qué movimientos Aurora!
¡Y qué voz la Berenguela!
Pero sobre todas Diana,
Y sobre Diana Sirena.
¡Qué gracia en la pantomima!
¡Qué rapidez en las vueltas!
¡Y qué garganta! ¡y qué todo! . . .
Desde el momento de verla
Con la vara y la golilla
El buen don Lope dió en tierra!
¡Y qué diablos hay que hacer!
Somos hijos de flaqueza,
Las tentaciones son graves,
Y son cortas nuestras fuerzas.
Cerró don Lope los ojos,
Y tomadas sus secretas
Medidas, abrió sus arcas
A la danzante hechicera.
Cruzáronse para el caso
Dos virtuosísimas dueñas
Corredoras de placeres,
Y lebreles de monedas.
Y en fin, por pasos contados,
Y por doblones sin cuenta,
Llegó el juez hasta las plantas
De la bailarina bella.
Tanto mas, cuanto que á ser
La cosa de otra manera,
Hubiera bailado un solo
Con música de la empresa.
Pues los golillas de entonces
En un dos por tres pudieran
Hacer de un corchete un santo,
Y un testigo de una piedra.
En tal estado se hallaban
Los asuntos de Sirena
Con don Lope, él visitándola
Y recibiendo ella,
Cuando una noche, á deshora
Y estando de sobre-cena
Cruzándose las sonrisas
Por detrás de las botellas,
En el mas dulce coloquio,
Del aposento la puerta
Se abrió repentinamente
Y entróse don Juan por ella.
Y diciendo buenas noches,
Señores, y echando á tierra
Capa y chambergo, sentóse
Sin ceremonia á la mesa.
Quedaron los tres mirándose,
Descolorida Sirena,
Don Juan con franco descaro
Y receloso Aguilera.
Así estuvieron un punto,
Y sin comprender apenas
Don Lope y la bailarina
Del de Alarcon la presencia.